

larga fila, con ademán de militares en marcha, contentos de sí mismos, como tantos otros bípedos, en su agitación vacía de objetivo, estéril y fanfarrona.

No faltaban los pavos y sus hembras; ellos engraidos y alborotadores; ellas traviesas y aprovechadas.

Descollaba entre las aves, el pavo real, fatuo, con pretensiones de superioridad innata, refrendadas por la gloria policroma del prodigioso abanico de su cola.

El espíritu del corral se encarnaba—en carne con plumas, se entiende—en una gallina venerable, cien veces clueca en su vida, y, por su serena robustez, apta para serlo otras ciento. Ella había recogido la sagrada tradición de su pueblo, encerrada dentro de aquellas tapias, y cristalizada en su pecho como el diamante en la ganga.

Había visto llegar y pasar las generaciones, y ahora las veía aun crecer enderredor suyo, como en ondas de vida, con dos patas y cubiertas de plumas, que jamás hubieran de agotarse. Careciendo, como todos los seres de su clase, de memoria sermoneante y de imaginación vaticinadora de quebrantos, vivía en el supremo goce del momento presente, bello ideal de la dicha perfecta, conturbada siempre por el recuerdo o el augurio: compensación acaso de la Providencia a los seres sin alma, por la inmortalidad que les fué negada.

Venerábala—hasta donde la veneración en él cabía—su propio pueblo de pollos, gallos y gallinas, y rendíanle las demás aves cierto acatamiento contagioso, estimulado por el favorable ambiente moral de aquel corral, modelo de corrales, santuario de egregias tradiciones.

Todas aquellas aves, tenían de las alas la semblanza material, muñones y plumas. Ninguna de ellas volaba. Si era degeneración, hija de la domesticidad, o desarrollo incompleto en una evolución contenida, es cosa por demasía ardua de resolver. Sólo sí que esas alas de pega jamás cruzaron el azul, donde revolotean las mariposas y zumban las abejas y se pierden, como un canto, las golondrinas.

Por aquel entonces—el de que se trata—formaron su nido en el alero del establo unas palomas: vivieron su idilio, rumoroso de arrullos, en los mismísimos días que la primavera enflora y embalsama. Sus polluelos abrieron los ojos ante la vida bulliciosa del corral, universo, diríase, lo bastante comprensivo para contener todos sus anhelos.

Halló el estío a los pichones aptos para el vuelo; y volaron y tornaron volando con *l'ali aperte e ferme al dolce nido per l'aer dal voler portate*, como hacia Virgilio y Dante las atribuladas sombras de Francesca y de Paolo.

Ese vuelo fué revelador. Los viajeros, aunque palomas, habían sentido la impresión del milagro y discurrían así: «El corral no es el límite del mundo. Fuera de las tapias, más allá de la carretera, de los sembrados, del bosque y de las colinas divisables desde nuestro alero, vimos otros sembrados y otros

bosques y montes más empinados: la tierra ondula y lleva trajes diversos en los valles; la esmaltan manchas de agua, quietas unas, errantes otras; los bosques susurran y el viento a veces parece hablar palabras incoherentes, como si soñara.

»En otras partes hay edificios y templos, y en las aguas se balancean o las recorren, grandes fábricas flotantes, con mástiles atravesados en cruz, para que descansan las palomas. Y más allá están las aguas sin confín; ellas también murmuran palabras incoherentes; sobre esas aguas impera la soledad.

»Vimos aves que iban, unas solas, otras en bandadas, en tupido volar, como una nube, puestos los ojos, todas, en un punto invisible, allá entre las dos inmensidades.

»Y vimos un ave, vencida, caer a las grandes aguas y perderse en ellas. Tornamos al nido».

Por su misma extrañeza, aquel discurrir, en el alero, especie de púlpito al fin, conturbó a los pollos que lo oyeron. Cundió el rumor; se dijo que acaso habría verdad o algo de verdad en la historia de las palomas. Impuesta la Clueca tutelar, tembló por la suerte de su pueblo. Estalló en su conciencia el brote heroico. Hay momentos en la vida de los corrales en que el supremo peligro engendra al redentor, al apóstol, al mártir, que la patria salvación reclama.

Sabia la Clueca que para vencer la potencial rebeldía naciente, precisaba combatir al mal con las propias armas del mal. Su sola autoridad de clueca abnegada, sus eximios méritos, su probada rectitud de criterio y su honestidad inmaculada, no bastarían. Si sólo el sacrificio bastaba, era preciso ir al sacrificio.

Pocos días después, con estridente cacareo, convocaba la Clueca a su pueblo desde la cúspide de aquel estercolero, tantas veces teatro de su maternal solicitud. Acudió éste en masa, escalonándose en los flancos ubérrimos del Sinaí

gallinal y apiñándose al pie, impaciente y curioso.

Y la Clueca habló: «Hijos míos, mi amor por vosotros, por vuestras sacras tradiciones, por nuestras sanas prácticas, por la pureza de nuestras costumbres, me ha llevado, a mi edad y a pesar de mis responsabilidades, a realizar un supremo esfuerzo. Segura de la verdad de mis convicciones, jamás abrigué temor alguno. Quise, sin embargo, estar doblemente segura de lo seguro.

»¡También tengo alas yo!

»Desde este pináculo que me sirve de tribuna ascendí de un vuelo a la vecina tapia y de otro descendí al mundo externo. Exploré. Fuera de nuestro corral sólo hay desolación. Una larga faja polvorosa en primer término, y más allá un suelo removido, reseco, sin sustento para nosotros. No hay tales valles, ni montes, ni aguas corrientes, ni grandes aguas, ni mástiles para que se posen las palomas. No podéis dudar de vuestra madre; os digo que yo también he traspasado estas tapias, exponiendo mi vida por vosotros: para volver hube de aguardar en desnudez y desamparo a que se abriera el portalón... Las palomas han mentido, toca a vosotros, hijos míos, pueblo amado, dictar el fallo sobre su conducta».

De toda moral establecida, hinchada con la convicción de poseer la verdad definitiva, surge necesariamente, como escudo protector, una celosa intolerancia, erizada de defensas, esencial para la conservación del orden y del bien públicos, y, en su espíritu colectivo, inexorable con el delincuente.

¡Ay de las palomas temerarias que conturbaron la ecuánime conciencia del corral, empañando el nítido espejo de la verdad! A una fueron condenadas a muerte.

Advirtieron ellas empero el clamoreo amenazante, y desplegando las probadas alas, buscaron refugio en el espacio, amparador y cómplice misericordioso de palomas, de videntes, de soñadores y de otros pájaros de cuenta.

El corral se había salvado.

S. Pérez Triana

(Hispania. Londres)

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA:</p> <p>REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA